

CAPITULO XV

Estudio sobre el carácter de los antioqueños ante la nueva forma política.—Partidos políticos en la República de Colombia.—Revolución del General José María Córdoba y combate del Santuario.—Consecuencia de esta revolución.

I

Antes de entrar en el estudio de la época que marca en la Historia el principio de las guerras civiles en la República que acababa de surgir, empapada en lágrimas y sangre, del Virreinato español de Nueva Granada, debemos detenernos en algunas consideraciones sociológicas relativas á la raza de que nos ocupamos en esta obra, y estudiar el carácter antioqueño en las nuevas relaciones que impuso la reciente forma de emancipación política.

La situación geográfica del territorio que formó la Provincia de Antioquia y su aislamiento relativo respecto de las demás secciones del País y del Exterior; las condiciones nativas de los habitantes, formadas en el más rudo trabajo para adquirir independencia personal, ideal de todos sus esfuerzos; las costumbres sociales reducidas al limitado círculo de sus allegados; en el aislamiento y la soledad de las montañas; y el hábito adquirido durante la Colonia de no mirar en los poderes públicos ninguna acción benéfica y simpática, formaron al antioqueño un *mundito* aparte en el seno de la República, lo que es preciso considerar con mucha calma y prudencia para no errar en los conceptos y dar solidez á los juicios que se formen, al seguir sus pasos en la vida política.

Esta educación, adquirida sin artificios en el seno de la Naturaleza, á quien ha tenido qué vencer para dominar, ha hecho desarrollar en él dos fuerzas poderosas, predominantes en su sér moral: la VOLUNTAD y el CÁLCULO.

Estas dos cualidades, sin las cuales su existencia hoy sería imposible, han mantenido el *Sentimiento* y la *Imaginación* relegados á escalas muy secundarias, porque su acción impulsiva ha podido serle perjudicial en la lucha por la vida.

De aquí proviene que sus relaciones sociales hayan partido siempre del YO hacia los extremos; y como esta personalidad, tan egoísta en la apariencia, comprende en el antioqueño el *mundito* de todos sus afectos, alegrías, dolores y esperanzas, ha dado siempre la preferencia á su HOGAR por sobre todo en el mundo.

En esta dirección, creciendo los horizontes de su vida, todas las grandes ideas, todos los entusiasmos, todos los sentimientos altruistas, han podido invadir su alma cuando, con serena mirada y cálculo seguro, ha recorrido todos los rincones de su hogar y visto que todo quedaba asegurado contra el infortunio.

Entonces ha avanzado; pero por una natural generación de ideas, su alma ha dado al mundo los armoniosos contornos de la onda nacida en la serena superficie de su vida: su casa, sus parientes, sus amigos, sus vecinos, sus conterráneos.....le han hecho llegar, al fin, hasta la Patria.

Esta pasividad natural del antioqueño, en asuntos relacionados con la vida febril de la República, ha formado contraste con la actividad y los entusiasmos de los hombres políticos, quienes en su desesperación, no le han aborrido injurias, principiando por llamarle *judío, ignorante y egoísta*.

Estudiadas y apreciadas estas cualidades con toda justicia y lealtad por los hombres que han dominado la sociedad en los últimos setenta años, Antioquia habría llegado á ser el asilo poderoso y fecundo de todas las virtudes que desarrolló la Independencia; el santuario de todas las libertades civiles y religiosas con que los patriotas adornaron el altar de la República.

Mas, por desgracia, el Poder público y los Partidos, en sus luchas de dominio, incapaces de hacer del antioqueño un elemento político, entusiasta y ardoroso, ensayaron, con efecto, dos fuerzas que, llegando hasta su *Hogar*, pudiesen romper la serenidad de su juicio.

Dando á la política el carácter religioso, fueron á turbar su conciencia;

Quebrantando todos los derechos humanos, inventaron el *reclutamiento*.

Con estas dos poderosas fuerzas, el antioqueño quedó vencido; y el héroe del Trabajo, el soberano de su YO, el incansable y seguro *calculador*, quedó convertido en el *oso domesticado* con que se divierten los políticos de Colombia!

Por fortuna, la Libertad que engendró la Independencia no ha abandonado á los primeros federalistas de Colombia; y como lábaro de suprema esperanza, entre las torturas de la conciencia y las ligaduras del recluta, ha lanzado *la Instrucción obligatoria y gratuita*, como símbolo de todos los derechos y de todas las virtudes.

II

En el año de 1826 abrieron campaña en la República dos partidos políticos.

En el uno se acogieron todos aquellos que por falta de fe en la idea republicana, hallaban esta forma imposible ó al menos inoportuna en el estado de atraso de los pueblos que acababan de salir de la Colonia; y llenos de terror por el formidable impulso dado á la Libertad, hallaban en cada derecho reconocido una amenaza contra el orden social.

En el otro formaron todos aquellos que, con absoluta confianza en los principios proclamados, trabajaban con entusiasmo por conservar y ampliar las conquistas de la Independencia, según las fórmulas con que se crearon los ideales republicanos.

El primero trataba de fortificar el poder nacional á expensas de los derechos otorgados á los pueblos, quitando así á la idea republicana la esencia de sus virtudes.

El segundo, por el contrario, quizás con exceso de celo, pretendía ampliar las franquicias municipales y los derechos individuales con menoscabo del Poder Ejecutivo.

Estas dos escuelas, nacidas y desarrolladas en el seno del más puro patriotismo, constituían la base esencial de la República; y en sus luchas pacíficas y ordenadas debían producir el progreso en el *Orden* y en la *Libertad*, que fueron el emblema del escudo nacional.

Por desgracia, el campo en que debatían sus doctrinas estos dos gallardos campeones de la Patria, es-

taba inficionado por pasiones egoístas y odios profundos, que la República había provocado al romper sus tradiciones con el régimen monárquico.

El despotismo español tenía profundas raíces en el sentimiento religioso de los pueblos; y al tratar de abatir el *Derecho divino* para alzar el *Derecho humano*, como fundamento de organización política, apoyado en la Razón libre, las nuevas instituciones hallaron adversarios en el clero católico. Este fue el principio de la lucha, que prontamente se generalizó en forma de discusiones políticas, para llegar á un fatal desenlace.

En este campo de pasiones enconadas, los nombres de venezolanos y granadinos, de militares y civiles, de libertadores y redimidos, de católicos, herejes y masones, y otros epítetos hirientes y odiosos, denotaban que en esa lucha el sentimiento personalista ahogaba el patriotismo.

Revueltas así y enturbiadas la puras fuentes en que la Independencia había desarrollado sus gérmenes, el primer choque de los partidos produjo, de una parte, la Dictadura del Libertador; y de la otra la conspiración de Septiembre de 1828.

III

Como consecuencia de todo esto estalló en Antioquia una revolución encabezada por el General José María Córdoba en el año de 1829 contra el Gobierno Nacional ejercido por el Libertador.

En esta sección de la República era desconocido el ardor de la lucha en la Capital; y entusiastas adoradores todos del Libertador, disfrutaban ampliamente de los beneficios de la primera Constitución practicada por la Administración del General Santander; pues los actos del Gobierno del Libertador no llegaron á alterar sensiblemente las libertades adquiridas. Así, el grito revolucionario del General Córdoba fue secundado por un corto número de amigos personales y admiradores del Héroe, más que partidarios políticos.

Gobernaba á la sazón en la Provincia el Dr. Manuel Antonio Jaramillo, y era Jefe militar el Coronel Salvador Córdoba, hermanos ambos del General. Este

llegó á la ciudad de Río Negro el 7 de Septiembre del citado año, decidido á levantar bandera de rebelión contra la Dictadura del Libertador, resolución que hizo saber de una manera pública.

Alarmados por esto los medellinenses, exigieron del Coronel Francisco Urdaneta, quien hacía poco tiempo que había dejado de ejercer el gobierno de la Provincia, que asumiese el mando para evitar que el parque de la ciudad cayese en poder de la revolución y pudiera prevenirse ésta.

En tan crítica situación, Urdaneta meditó poco, ó se dejó arrastrar imprudentemente por las impertinencias de gentes naturalmente miedosas y poco decididas por el sacrificio personal.

El Gobernador Jaramillo, el Coronel Córdoba y varias personas de influencia, habían obtenido que el General desistiera de su propósito, cuando se presentó en Río Negro una escolta destinada á conducir preso al General á Medellín, por orden de Urdaneta.

Esto no tenía autoridad legítima alguna, ni representaba otro poder que el de la fuerza, obtenido por medio de una revolución de cuartel, pues la autoridad, tanto civil como militar, correspondía legítimamente á Jaramillo y á Córdoba.

No era preciso discutir sobre el origen de la orden. Bastaba ésta para comprender la magnitud de la ofensa hecha á un militar de la talla de José María Córdoba.

Una Comisión de paz, con los miramientos debidos á este Jefe, que acababa de regresar al suelo natal, con los frescos laureles de Pichincha y Ayacucho, habría sido el medio impuesto por la gratitud, por el honor militar y aun por la simple natural civilidad, en cualquiera sociedad medianamente culta.

Al juzgar la conducta del General Córdoba en esta ocasión solemne para Antioquia, la Historia no puede olvidar el procedimiento del Coronel Urdaneta y de sus azuzadores de Medellín.

Córdoba reunió unos pocos soldados en Río Negro, intimó rendición á Urdaneta, y recibió, rendida, la capital, con un cuerpo de ejército veterano y provisto de abundantes elementos.

No había transcurrido un mes cuando el General

recibió la noticia de la aproximación de fuerzas de Bogotá, á órdenes del Coronel Daniel Florencio O'Leary, por la vía de Nare.

Fuese á su encuentro con poco más de trescientos soldados reclutas, para oponer á novecientos veteranos de los libertadores del Perú; y en medio de toda clase de contrariedades y traiciones, en un país enemigo de su causa, presentó el combate en la aldea del Santuario, en que fue vencido y asesinado, después de la batalla, el 17 de Octubre de 1829.

En esta batalla perdió Antioquia al distinguido joven Coronel Benedicto González, cuyo nombre guarda la Historia, con el respeto y cariño que merece el digno compañero del Héroe, y cuyo valor y cívicas virtudes dieron á la Patria gloria y honor.

Este drama sangriento, que privó á Antioquia del mejor de sus hijos, y la conducta cruel, impolítica é irregular que observaron los vencedores, constituyeron la fuente de los primeros odios políticos, que por una irrisión de la suerte tomaron, irreverentes, los más esclarecidos nombres de la Patria: *bolivianos y santanderistas*.

O'Leary tomó el gobierno de la Provincia, y, sin tener en consideración la conducta pacífica de casi todos los antioqueños, dando oídos á ridículas historias lugareñas, impuso á la Provincia una contribución de guerra de cincuenta mil pesos, y persiguió á los vencidos con una tenacidad que hizo recordar los tiempos de Warleta.

Poco después el Libertador echó sobre la Provincia una mirada misericordiosa y todo volvió á la calma y tranquilidad.

Con la muerte del General Córdoba quedó privada la Provincia de Antioquia de su Jefe natural en la milicia, quien, á la gloria adquirida para la Patria, unía el respeto y la consideración nacionales que pudieran servir de baluarte contra las ambiciones y pretensiones absorbentes del Poder, en los momentos precisos en que se trataba de dar organización constitucional á la República, y cuando los intereses políticos empeñados en la disolución de Colombia, liquidaban las glorias militares con notable desventaja de los granadinos.

De los siete próceres que glorificaron el nombre antioqueño, en la lucha por la Independencia, sólo quedaban los Restrepos, Félix y José Manuel, quienes servían en los más altos puestos de la Administración nacional: en la Corte de Justicia el primero, y en el Consejo de Gobierno el segundo.

La nueva generación que había principiado su carrera en el año de 1820, entró á figurar en 1830 en la dirección de los negocios públicos de la Provincia, sin que esto quiera decir que antes de esta época no prestaran sus servicios á la Patria algunos de ellos.

Entre los militares figuraban en primera línea: Salvador Córdoba, Manuel del Corral y Juan María Gómez. Entre los civiles: Miguel Uribe Restrepo, Juan de Dios Arauzazu, Manuel Antonio Jaramillo, Alejandro Vélez, Estanislao Gómez, Mariano Ospina y Francisco Antonio Obregón; y alrededor de estos y bajo su dirección, se preparaban las nuevas generaciones que debían venir después á servir en las lides de la República.

Esta segunda generación de hombres públicos de Antioquia dejó en la Historia nacional, así como la primera, páginas dignas de estudio, no obstante que las pasiones políticas pretendan discutir sus hechos y opiniones.

En todos ellos predominaron las virtudes cívicas, como leales republicanos; la energía en sus convicciones; el valor en sus opiniones; la inteligencia en sus labores públicas; y, por sobre todo, LA PROBIDAD y EL DESINTERÉS, que ellos sembraron en las siguientes generaciones, y que por muchos años cosechó Antioquia, con honra para la República, con gloria para el Estado y con orgullo para todos los antioqueños.

